

Santa Wiborada



PATRONA DE LOS BIBLIOTECARIOS

Todos los gremios profesionales tienen su patrón, y el de los bibliotecarios no podía ser menos. Y en este caso, la santa que patrocina al gremio es muy especial porque su dedicación a la tarea que acoge bajo su protección fue exquisita, incluso heroica.

En la Edad Media, solo los monjes y algunos nobles podían leer con soltura, acceder a las fuentes de la cultura y escribir. Lo que hoy en día está al alcance de casi todo el mundo, entonces era prerrogativa de unos pocos, casi siempre hombres. Hay que avanzar hasta el siglo XVII para encontrar una mujer, en el mundo hispánico por ejemplo, que produjera una actividad intelectual de primer orden, a la altura de los mejores autores de la época. Se trata de Sor Juana Inés de la Cruz quien, por cierto, también perteneció al estado religioso, como Wiborada, y poseyó una biblioteca particular excelente para su época y su condición.

Wiborada, nacida en la Región de Aargau (hoy uno de los cantones suizos, en la parte central del norte del país, cerca de Zurich), vio la luz en el año 861, y murió mártir en el 926, siendo la primera mujer en llegar a los altares, canonizada por Clemente II en 1047. Aunque pertenecía a una familia de la nobleza suavia, con sobrados recursos económicos, la joven se desprendió muy pronto de todo tipo de ropas caras y elegantes para vestir con un sencillo sayal, mucho antes de ingresar en el estado religioso. Movida por su profunda fe cristiana, deseó desde pequeña hacer una peregrinación a Roma, pero antes de realizarla ya tenía fama de escuchar revelaciones divinas, por lo que su casa se llenaba de gente pobre y enferma que llegaba a acogerse a su intercesión, a su contacto directo con la divinidad.

Acompañada por su hermano, visitó la sede papal en el año 906, en la época de la Semana Santa, y en ese periplo consumó su decisión de entregarse en cuerpo y alma al servicio divino mediante el estado religioso. Cuando volvió a casa, su madre ya le había buscado un pretendiente y preparaba sigilosamente su boda, tratando de adelantarse a lo que ya sospechaba con un sexto sentido materno, pero aquella estrategia no dio resultado: Wiborada había oído la llamada

de un modo claro e incontestable, por lo que sus días en el mundo estaban contados. Además, su fe y su amor divino eran tan grandes y generosos, que no solo cumplió personalmente con lo que había decidido, sino que convenció a su hermano Hitto, su compañero de peregrinación, para que él también se entregara al estado religioso, como ella, en el convento benedictino de San Galo. Hasta su ingreso en el convento, los dos se dedicaron a la atención de enfermos en el hospital improvisado en el que convirtieron la casa de sus padres.

Después de tres años de prueba en el convento de San Jorge, se enclaustró de forma voluntaria para toda la vida en el de San Galo, con el fin de orar y hacer penitencia y buscar así la santidad en el apartamiento del mundo, un alejamiento real y drástico, consistente en una vida encerrada en una pequeña habitación de piedra con dos ventanucos, uno dirigido hacia el altar de la iglesia, para presenciar desde allí las ceremonias litúrgicas, y otro más pequeño para escuchar las confidencias de los fieles que llegaban a consultar problemas o mostrar inquietudes, movidos por la fama de santidad que ya tenía antes de entrar al estado religioso. A pesar de su incommovible fe, es de imaginar que no sería fácil dejar los caminos de la ciudad, la charla con padres, vecinos y amigos, la libertad de movimientos y el disfrute del sol, de la luz, la vegetación y el aire puro, por cuatro fríos y oscuros muros de una celda. Así describió el historiador Jaime González su ingreso al convento:

Quando se lleva a cabo la ceremonia de su inevitable enclaustración una gran emoción la recorre toda. Jamás volverá a transitar por las callejuelas de su villa, ni volverá a ver otro entorno que el que se halla alrededor de su celda. Al ingresar en ella siente el frío cortante del ambiente que imprimen las piedras en el interior. Escucha lejanamente al obispo elevar las oraciones a Dios pidiendo para ella sus bendiciones y ofrendando su sacrificio. Desde

el fondo de la celda, mira cómo paulatinamente el muro de la única entrada va elevándose piedra a piedra, separándola para siempre de las profanas inquietudes y veleidades que afuera prevalecen. En su interior, su espíritu experimenta un leve sobrecogimiento, un cosquilleo que le sube por la espalda. No hay marcha atrás posible; los años que Dios le permita vivir los pasará dentro de ese pequeño espacio en el que la visibilidad se va agostando dejándola en silenciosa penumbra iluminada tan solo por la luz de su fe¹.

fundamental para mantener viva la llama del saber. Gracias a ella, los ejemplares realizados por el grupo de copistas estuvieron bien confeccionados y fueron celosamente custodiados, con el esmero de una madre. Para ella, esa labor encomendada por sus superiores era tan importante como sus oraciones, ya que los religiosos medievales combinaban, en su camino hacia la santidad, la oración con el trabajo interno del convento o monasterio. En muchas ocasiones esos trabajos tenían que ver con las labores del campo, de la cocina o del tratamiento de las telas, pero en el caso de Wiborada, el trabajo

La delicadeza con que Santa Wiborada trató los códices que compuso y utilizó, remite no solo a una tendencia humana de gusto por la palabra escrita y conservada, sino a la necesidad de conservar los diseños de Dios y su interpretación correcta a través de los libros que los guardan.

Y ahí es donde comienza su relación con los libros y las bibliotecas porque, además de rezar, hacer penitencia y atender a los necesitados, tiene encomendada la labor de encuadernación y conservación de los manuscritos que se poseen en el convento. San Galo era ya famoso por su biblioteca, una de las más grandes y selectivas de todo el entorno eclesiástico europeo, con manuscritos y copias de los mejores escritores de la época. En el mismo monasterio se encargaban también de realizar otras copias de los originales conservados, cuando alguna institución los pedía, porque sus copistas tenían un prestigio que llegaba a todos los puntos

del occidente conocido. Además, los monasterios eran asimismo los lugares donde se impartía la docencia más refinada, cuando todavía no existían las universidades. Por ello, la adquisición o mantenimiento de los libros era una función importantísima, ya que los alumnos no tenían otro acceso a la cultura, la filosofía, la teología y las ciencias que los libros que se guardaban en los centros de estudio.

En ese ambiente, el trabajo de la santa fue

consistía en cuidar celosamente de la biblioteca y terminar de confeccionar los libros, tratando sus páginas para unificarlas en un volumen compacto.

Es más, se puede decir que Wiborada entregó su vida por la conservación de los libros, algo que no se puede decir de ningún otro bibliotecario insigne. En el siglo X, los húngaros se convirtieron en una pesadilla para muchos estados medievales de la Europa Central, incluido el Sacro Imperio Germánico. El Principado Húngaro estaba compuesto por siete tribus nómadas, claramente entrenadas para la guerra, que consiguieron llegar a tierras tan alejadas entre sí como Constantinopla o la Península Ibérica, en busca de sus tributos. Los húngaros también pasaron por la tierra de la santa, a mitad de los años veinte del siglo décimo, y allí devastaron algunas regiones. Pero antes de la invasión, Wiborada tuvo una visión, y pudo conocer de forma clarividente que una catástrofe iba a ocurrir por culpa de las tribus extranjeras que llegarían de un momento a otro. Por ello, y dada la confianza que toda la región tenía en la visionaria, en el monasterio se decidió guardar en un lugar seguro todo lo que tuviera un valor incalculable. Cuando llegaron los húngaros, todos los vasos sagrados, generalmente de oro, los ornamentos litúrgicos y, por supuesto, cada uno de los manuscritos y las copias que llenaban la biblioteca, fueron escondidos convenientemente, y los monjes y religiosas huyeron a otras regiones, incluido su hermano Hitto.



El trabajo de Wiborada en el monasterio consistía en cuidar celosamente de la biblioteca y terminar de confeccionar los libros, tratando sus páginas para unificarlas en un volumen compacto.

Sin embargo, Wiborada no huyó. Permaneció en el convento a la espera de los acontecimientos, para cumplir la promesa que hizo cuando juró los votos, relativa a su estancia en el convento sin salir de allí hasta el día de su muerte. Fiel a la palabra que le había dado a su Creador y Redentor, se quedó sola en el monasterio. Cuando llegaron los húngaros, se encontraron una mujer sola y un convento vacío. Llenos de ira, destruyeron las tejas del techo de su celda para torturarla, y con un hacha la destrozaron hasta que falleció.

Se puede decir que murió mártir por conservar su fe intacta, su fidelidad a la promesa dada y por la defensa de los libros que custodiaba en el convento. Así, la imagen que se conserva de ella, en un retrato muy antiguo, representa a una mujer con el hábito benedictino, con un libro en la mano derecha y un hacha en la izquierda. El libro simboliza su amor a los libros y la obediencia extrema a las labores encomendadas por sus superiores, y el hacha recuerda la forma en que llegó a ser mártir. Jaime González la describe así:

Espíritu de fina sensibilidad que reconocía el valor de los códices y del saber humano ahí recogido, estimulado por un deseo del saber de lo alto sin que implicara un choque entre ambos saberes, quizá adelantándose a la propuesta del Doctor Angélico².

Esta comparación con Santo Tomás de Aquino tiene su razón de ser, aunque parezca exagerada, porque, a pesar de que Santa Wiborada no escribió textos filosóficos o teológicos, ni siquiera científicos o literarios, es cierto que supo conjugar su amor por los saberes profanos con el convencimiento de que los fundamentos del conocimiento provienen de los



textos sagrados y de la interpretación que de ellos hace la Iglesia como depositaria de las verdades reveladas por Dios en el libro sagrado y por Jesucristo en su predicación oral. De hecho, la delicadeza con que Santa Wiborada trató los códices que compuso y utilizó, remite no solo a una tendencia humana de gusto por la palabra escrita y conservada, sino a la necesidad de conservar los diseños de Dios y su interpretación correcta a través de los libros que los guardan. Por ello, mimar los libros es como guardar también la palabra de Dios y el conocimiento de las cosas sagradas y profanas. En ese sentido, no es extraño que una tradición centroeuropea haya considerado, desde hace muchos siglos, que ella debe ser la patrona de los bibliotecarios, porque puede enseñar a las generaciones de todas las épocas los motivos materiales y espirituales por los que los libros deben conservarse, para que la transmisión de los saberes sea una realidad de generación en generación. ■

Notas

1 González Martínez, Jaime, "Santa Wiborada, mística y mártir, patrona de los bibliotecarios", *Biblioteca Universitaria*, 8, 2 (2005) págs. 127-128.

2 González Martínez, Jaime "Santa Wiborada, mística y mártir, patrona de los bibliotecarios", *Biblioteca Universitaria*, 8, 2 (2005) pág. 129.

Ficha Técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.

ILUSTRACIONES: <http://www.hansjurt.ch> ; <http://commons.wikimedia.org> ; <http://commons.wikimedia.org> ; <http://www.ganzschoenheilig.ch>

TÍTULO: Santa Wiborada, patrona de los bibliotecarios.

RESUMEN: En este artículo se cuenta la vida de Santa Wiborada, desde su nacimiento en Suiza (861), hasta su martirio en el monasterio de San Galo (926) bajo el hacha de las tropas húngaras. A Wiborada se le considera patrona de los bibliotecarios por su amor por los libros y su capacidad para defender la valiosa biblioteca de su monasterio ante el inminente ataque de las tribus extranjeras.

MATERIAS: Santos / Religiosos / Bibliotecarios.